

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 6, 1-7): *Crecía el número de los discípulos.*

Salmo (32, 1-2.4-5.18-19): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (1ª Pedro 2, 4-9): *Sois una raza elegida.*

Evangelio (Juan 14, 1-12): *Creed en Dios y creed también en mí.*

La pobreza se mide hoy con una pasmosa exactitud, y los datos resultan descorazonadores, a pesar de los buenos propósitos de los gobiernos y de las Naciones Unidas por rebajar los índices de pobreza. De acuerdo con las estimaciones, (cifras correspondientes a 2011), el 12'7 % de la población mundial vivía por debajo del índice de pobreza, o lo que es igual: 896 millones de personas, de seres humanos.

Las graves secuelas de la crisis financiera ha profundizado aún más esta situación. Los datos ofrecidos en 2014 muestran que, en España casi tres de cada diez ciudadanos (un 29'2 % de la población), se encuentran en riesgo de exclusión social, sin apenas recursos para pagar las necesidades básicas. La situación es dramática para muchas familias.

*Los datos hablan y gritan el silencio de los que callan: unos porque no son escuchados, otros porque no les conviene hablar. A pesar de las cifras objetivas, la pobreza es sobre todo un término relativo: **“hay pobres en la medida en que hay ricos, y hay ricos porque otros son más pobres”**. El problema de los números es que, además de ser fácilmente manipulables, ocultan a las personas numeradas en ellos.*

Si miramos a las personas pobres de hoy podemos señalar dos grupos especialmente grandes y cercanos a nosotros, porque el que pasa necesidad no está al otro lado del televisor sino de la ventana de nuestro salón. Los refugiados que llegan del hambre de África, los que huyen de la violencia de Latinoamérica, de la guerra en el Oriente Próximo o de la miseria en Europa del Este. Ellos son los diferentes que vienen de fuera, y por haber nacido en un lugar distinto son pobres.

Por otra parte están los que son de aquí pero aquí no tienen trabajo, en su lugar tienen deudas, hipoteca, colas en las Oficinas de Empleo y en los servicios Sociales. Ellos son también los diferentes entre nuestros vecinos, que por haber tenido una suerte especialmente mala son pobres. ¡Pobres diferentes! Diferentes pobres por ser diferentes.

La pobreza tiene muchas causas, pero en su raíz están las diferencias que generamos injustamente: económicas en gran medida, pero además sociales, educativas, de origen, de oportunidades. Aunque los pobres estén muy cerca de nosotros, nos son extraños porque nos son diferentes.

Como dice la segunda lectura de este domingo, si bien para el creyente Jesús es la piedra angular que sostiene la comunidad cristiana, para el incrédulo, Jesús es una piedra desechable, una forma de vivir que no cuadra con la imperante y por eso no sirve de mucho. En efecto, no tiene cabida el proyecto de Jesús en un mundo construido con los materiales del interés propio y los criterios del bienestar de unos pocos.

El que no se atreve a creer en este proyecto y a comprender el mundo de forma distinta no se da la oportunidad ni tan siquiera de imaginarlo. Pero resulta algo tan nuevo, para un mundo tan viejo y tan duradero como sus injusticias y diferencias, que la persona de Jesús y la realidad de su proyecto no dejan indiferentes. Hacen tropezar, porque defiende a los injustamente diferenciados, empobrecidos, excluidos, olvidados, y, como Él, desechados.

«Yo soy el camino». Jesús no es el camino de las normas que deben seguir los que se creen justos y salvados, sino el camino de la justicia: el camino que Dios nos propone a todos los que necesitamos ser salvados. Por eso con Jesús, Dios nos invita a caminar por esta tierra y sus injusticias, en defensa de los que han sido excluidos al no seguir las normas de los justos, los poderosos, los fuertes.

«Yo soy la verdad». Jesús no es una verdad grandilocuente que se proclama para justificar nuestras acciones y para sentirnos bien con nosotros mismos, sino que es la verdad silenciosa de los que no hablan: la verdad de un mundo de diferencias injustas, en el que hay unos que tienen el derecho a sentirse bien y otros el deber de mal vivir. La verdad de Dios no se descubre en discursos y sermones sino en el contacto con los pobres y diferentes.

«Yo soy la vida». Jesús no es una vida ideal, soñada o perfecta, porque la vida a la que nos anima a vivir es la nuestra y la de nuestra realidad concreta de imperfecciones. Tan reales como los sufrimientos y las alegrías de cada día son la presencia del Reino de Dios y la esperanza en que cada vez este Reino llegue a más personas, sobre todo a los pobres, a los que no se les deja vivir mejor.